

Antonio R. Romera

Domingo Melfi en mi recuerdo

Había logrado la perfecta armonía entre el pensamiento y su afán vital. Domingo Melfi era—valga la paradoja—un razonador apasionado, aunque para quienes no lo conocieron íntimamente resaltara de preferencia esa serenidad de que nos ha hablado Alone en un bello artículo.

Trato de recordarlo como era. Es decir, trato de ordenar la serie de recuerdos que se agolpan en mi memoria. Escribo frente al mar y la película de la evocación desfila con mayor claridad. Melfi amaba este azul intenso del Océano y muchas veces, en nuestras charlas, pareció nostálgico del mar viejo de Ulises, que no conoció, pero que sentía, sin embargo, muy dentro de sí.

Era un espíritu claro. Era, sobre todo, un gran espíritu contenido y mesurado. En él predominaba la sensibilidad. Melfi tenía, por su tierra italiana, una lúcida comprensión de la belleza serena y equilibrada. Había en sus maneras un gesto de reposo en discrepan-

cia con la idea preconcebida que del latino existe. «Tenía gestos de Senador», ha dicho algunas veces Mariano Latorre.

La serenidad de Domingo Melfi pudiera explicarse de varias maneras. A mí me place creer que su estilo transparente y equilibrado le fué dado en las abundantes lecturas francesas y su actitud espiritual y su estética, por Remy de Gourmont a quien Melfi leyó y amó. Otra explicación de esa su actitud apolínea es biológica, racial. Melfi nació en una región italiana, áspera y fuerte, la Basilicata, región que al integrar la Magna Grecia recibió poderoso influjo del espíritu clásico. Toda esta parte de la Península Itálica difiere del resto del país. Sus hombres son reposados, son escépticos; las mujeres tienen actitudes de un ritmo sereno, como la estatuaria arcaica de los griegos. Quien pasa de la Campania a la Basilicata contempla un nuevo y distinto paisaje espiritual.

Melfi tenía dentro de sí ese mundo griego.

Muchas veces yo le decía esto y él se reía con esa risa ancha con la que asentía como sin querer.

En la madurez Domingo Melfi soltó el lastre de un estilo literario recamado y lleno de imágenes luminosas. Yo conocí primero sus libros postreros. Me agradaba la sencilla transparencia de su prosa. Su estilo fué al final templándose y endureciéndose. Recuerdo que en cierta ocasión encontré en una librería de lance una vieja revista chilena. Me la llevé al ver en ella

el título de un artículo firmado por «Domingo Melfi Demarco».

Se trataba de la glosa de una leyenda nórdica. Desde una oscura provincia—ajena como, como todas las provincias del mundo, a inquietudes y exquisiteces literarias—el joven escritor daba estupendos saltos vindicativos y su prosa era una lección de pureza.

Es útil comparar sus últimos trabajos, tan escuetos y afilados, con aquellas páginas de juventud en las cuales Domingo Melfi aparecía como inevitable producto de su época. Era modernista, un poco danunziano y en cierta medida, esclavo de la forma.

Fué en la madurez, como digo, cuando el escritor entró en una etapa de serenidad comprensiva que modificó, incluso, su estética.

Melfi atravesó unos años de romanticismo bohemio. De ese pre-romanticismo mundano y desdeñoso que fué en realidad el modernismo. Algunas caricaturas de la época lo describen en medio del grupo coetáneo discutidor. Elegante, de figura enhiesta, con una bella cabeza de intelectual, es una estampa sugestiva. De esos años Mariano Latorre nos ha referido algunas anécdotas llenas de sabor. Eran éstos unos años llenos de lucha y de pasión. Se iba a la conquista de la notoriedad y aunque la fama se mostraba esquiva, el grupo dirigía su desdén hacia el «burguesote» incomprensivo y hueco.

Empleó pseudónimos que hablan de sus lecturas y de sus preferencias. Uno de ellos—«Julián Sorel»—

fué un grito de combate en las páginas de la prensa chilena. Con este nombre tomado de uno de los personajes de Stendhal, admiración permanente del escritor, Melfi firmó artículos literarios que produjeron verdadera sensación. Luego utilizó otros «nomme de lettres» como «Marco» y «Alfa». Había en esta afición suya por el pseudónimo encubridor cierta táctica que busca intrigar y producir sensación.

Melfi fué un escritor puro. Su actitud estuvo siempre acorde con la desmedida vocación que le llevó a la literatura. Incluso abandonó por ella una carrera que le prometía triunfos y satisfacciones de índole económica.

Supo dignificar el periodismo. Elevó con su prosa el rango de una literatura perentoria y fugaz.

* * *

Conocí yo a Melfi en sus últimos años. Lo conocí como crítico literario de «La Nación» y más tarde como Director de este mismo diario. La primera crónica que de él leí estaba dedicada al libro del escritor español Pérez Ferrero sobre Baroja. Era algo muy sencillo y al mismo tiempo lleno de agudas reflexiones sobre la biografía y el personaje que la motivaba. En su artículo, Melfi demostraba su conocimiento de las letras contemporáneas españolas y su abundancia de lecturas. Era un artífice de las pequeñas crónicas sobre temas y hombres de la literatura. A la muerte de

Joyce trazó una obra maestra en muy pocas líneas y reveló a muchos un nombre desconocido. Y es que en esta labor de apariencia sencilla, la magnificencia de la prosa sencilla se unía a lo sugerente del tema y a la singular manera de enfocarlo.

Tenía el sentido del periodismo. Escribía claro y sencillo. Los temas más complicados se ofrecían en su pluma transparentes y llenos de interés. Su estilo, tan limpio de hojarasca, estaba a veces afinado por la ironía, de un modo que no siempre sus reflexiones hallaban unánime aceptación, especialmente cuando escribía de temas políticos y sociales.

¡Cuántas veces llegada ya la hora final de su labor en la dirección, nos quedábamos charlando de libros y de escritores! Melfi me interrogaba sobre autores que yo había conocido. Era extraordinario su interés por los rasgos físicos de éste o de aquél escritor que él admiraba. ¿Es muy alto Baroja? ¿De qué color es su barba? ¿Es hombre fosco? Se levantaba de su asiento, y recorriendo la sala a grandes trancos, en aquella su actitud de falsa altivez, seguía preguntando. Esta curiosidad aparentemente trivial revelaba su auténtica vocación de escritor. Eterno afán de saber, eterno deseo de conocer a los hombres.

Había leído mucho. Tuvo una etapa primera en la cual se entregó con verdadero apasionamiento a los maestros franceses e italianos. De esta etapa se libró más tarde, no sin sufrir el embrujo de Gourmont, que le habría de acompañar siempre.

El remanso de la madurez y la influencia de ciertos amigos, entre ellos Mariano Latorre, le hizo volver la vista a la literatura española. Como yo le interrogaba también, pude saber cuáles eran sus admiraciones. Entre ellas descollaban las dirigidas a Larra y a Azorín. Entre el maestro de «La voluntad» y Domingo Melfi había más de un punto de contacto que ya he señalado en alguna crónica.

Fué un gran lector de Gracián, del Arcipreste y de los costumbristas.

En nuestras conversaciones me hablaba mucho del teatro español. Cuando se animaba y evocaba sus recuerdos, ante nosotros desfilaba una etapa de vida nocturna santiaguina. Melfi delineaba las siluetas de actrices y actores. Y si Mariano Latorre estaba presente, veíamos entonces cómo se iba plasmando un mundo de recuerdos del teatro lírico. La zarzuela y la ópera, los actores españoles, los tenores y las tipleas italianas. Todo un universo de bastidores adentro, revivía bullente y cálido.

En los últimos años de su vida el culto por la literatura se intensificó. Desde su alto puesto de «La Nación» supo dar la mano, como ha señalado Gabriel Amunátegui, a quienes empezaban, pues sabía que el oficio de escribir es, además de un culto, una santa y una noble cofradía.

En la tertulia vespertina del diario, a la que acudían sus amigos, Latorre, Durand, Latcham, Amuná-

tegui, Chuaqui, D'Halmar, el doctor Labra, Huerta y tantos más, fué dejando lo mejor y lo más granado de su espíritu.

En sus libros, pero también en sus palabras, ha quedado la lección de su vida.

Las Ventanas, Febrero de 1946.